

ESPIRITU Y MATERIA*

SABINO FERNÁNDEZ CAMPOS

Excmo Sr Presidente de la Real Academia de Doctores.
Excmos Sres Académicos.
Señoras y Señores:

Si bien los viejos refranes españoles tienen fama de ser algo así como compendios de la filosofía popular y suelen contener sabio consejos, útiles experiencias y prácticas normas de conducta, hay que reconocer que a veces presentan un carácter excesivamente materialista que puede rayar en el pesimismo, la desconfianza y el recelo.

Me gustaría en alguna ocasión analizar los más corrientes de esos aforismos para descubrir y formular el contrarefran, es decir, la definición positiva de lo que tiene en la mayoría de los casos tan negativa apariencia.

Por ejemplo, yo preferiría al «*piensa mal y acertarás*» el «*piensa bien aunque te equivoques*» porque nos permitiría abrigar la esperanza de que aún hay en el mundo algo fiable y disfrutar de esa creencia hasta que la dura realidad nos contradiga. Y me sería más grato contemplar el vuelo de cien pájaros, libres en el aire, que sentir en la mano el latir agitado del corazón de uno.

Pero, entretanto, no está mal acudir en ocasiones a proverbios de otro origen que llevan en sí preceptos perfectamente asumibles.

Por eso, permitidme comenzar hoy mis palabras utilizando uno de origen árabe. Es el que dice cómo la gratitud reviste tres formas: «*Un sentimiento en el fondo del corazón, una expresión de ese sentimiento y una devolución*».

Y os aseguro que esas tres formas se dan en mí cuando tengo el honor de encontrarme en este acto para responder al privilegio que me habéis concedido cuando acordasteis admitirme como miembro de honor de esta distinguida Real Academia de Doctores.

Sentimiento sincero en lo más hondo, porque la gratitud viene a ser la memoria del corazón y en él llevaré siempre grabado el reconocimiento por la distinción que se me hace; expresión de este sentimiento, que es lo que estoy tratando de hacer ahora, sin duda de una manera incompleta que no responde con exactitud a la sensación

* Conferencia de Toma de Posesión como Academia de Honor, el 27 de noviembre de 1996.

de alegría y de orgullo que experimento, y, por último, devolución del favor recibido, es decir, el ofrecimiento de intentar ser capaz de responder con hechos al favor que tan feliz me ha hecho.

Gracias también, muy especiales, a mi buen amigo el Doctor Guillermo Suárez Fernández, Secretario de esta Real Academia, que ha hecho de mí una presentación, sin duda alejada de la realidad, pero inspirada por una buena voluntad y un afecto al que correspondo muy cordialmente.

Tengo ya muchos años. Se ha dicho *que en la juventud nos preocupa el camino por el que va a ir nuestra vida; en la vejez, el camino por el que va a venir nuestra muerte*. Yo estoy en la segunda etapa, embargado por una inquietud muy trascendente.

Pero, a pesar de mi situación pasiva en tantos aspectos, me gustaría poder aún dirigir mis esfuerzos a cuanto signifique desarrollo de la cultura, perfeccionamiento de mis conocimientos y aportación desde la más absoluta modestia a cuanto en algún sentido pueda contribuir al bien de España, en tiempos en que tan necesario parece la colaboración de todos y la buena voluntad general para la consecución de un futuro mejor.

Sin embargo, al tratar de elegir el tema para mi intervención de este día en tan digna casa, me he dado cuenta, como me ha sucedido en otras ocasiones, de que no es mucho lo que puedo proporcionar, porque comprendo que es mucho más lo que ignoro que lo que sé.

Recuerdo que cuando ingresé como miembro honorífico de la Real Academia de Medicina de Asturias y León, decidí hablar precisamente de lo que no sabía para tratar de hacer unas reflexiones sobre tan amplia materia y exponer los vacíos que pudieran llenarse por personas más competentes. Mi conferencia se titulaba «*¿Por qué?*», como significación de las preguntas que me hacía, más que dar claves sobre respuestas fuera de mi alcance.

Me limitaré, pues, a seguir aquella línea e intentar que la exposición de mi desconocimiento sea tan general y profunda que alcance también en cierta medida a cuantos tenéis la amabilidad de escucharme.

Porque al huir deliberadamente de cuestiones de la política actual, de ambientes en los que vivimos cada día o de reflexiones sobre experiencias que me ha correspondido vivir, tampoco puedo venir hoy aquí, repleto de gratitud, con el propósito de desarrollar una materia a la que sea capaz de añadir alguna luz, alguna sugerencia, alguna aclaración o cualquier detalle.

Constituiría por mi parte una osadía merecedora de que os arrepintieseis por haberme concedido la satisfacción de ingresar honoríficamente entre vosotros.

Sólo aspiro a procurar que vuestro arrepentimiento se demore lo más posible.

Por eso, yo quisiera en esta ocasión para mí memorable, preguntar más que responder; plantear problemas en vez de resolverlos; exponer mis dudas para que quede flotando la inquietud de meditar sobre ellas; confesaros cuánto no sé y cuánto desearía saber.

No os voy a hablar, por tanto, de lo que conozco, que es muy poco, sino de lo que ignoro, que es muchísimo, pues con el transcurso del tiempo se va uno dando cuenta de los conocimientos que nos faltan y de las pocas oportunidades que nos quedan para completarlos.

Acudiré, además, tal vez con el alarde de asumir el riesgo mayor, a una materia bastante alejada de mi formación universitaria en el campo del Derecho o de mis recuerdos en el ámbito de la política.

Si siempre es importante preocuparse por sanar el cuerpo y tranquilizar el espíritu, es este segundo aspecto, o quizá mejor, la relación entre los dos, lo que me plantea mayores incógnitas, a pesar de reconocer el enorme esfuerzo desarrollado por la Ciencia para desvelar sus misterios.

Desde que los autores clásicos atribuyeron arbitrariamente, por un proceso de eliminación, las funciones espirituales a la epífisis, los trabajos de los investigadores han sido arduos y sus avances espectaculares, pero cada descubrimiento de la Ciencia conlleva nuevos interrogantes que aumentan mi perplejidad.

En mi condición de profano profundo, conozco, sin embargo, que numerosas experiencias de distinguidos hombres de ciencia —cuyos nombres no me atrevo a pronunciar aquí, pues pudiera parecer una falsa exhibición erudita—, establecen las bases necesarias para cometer el estudio de los instintos, las tendencias y las pasiones del hombre.

Este tipo de estudios, referidos básicamente a las alteraciones del comportamiento psíquico y emocional en hombres y animales, parecen sugerir la responsabilidad del Sistema Nervioso en funciones clásicamente relacionadas con condicionantes espirituales.

¿Pero acaso, como sugieren otros investigadores, las manifestaciones de nuestro espíritu dependen de la presencia de ciertas sustancias en partes específicas de nuestro cerebro?. ¿Somos realmente tan mecánicos?. Y en ese caso, ¿cómo se incardina el sistema nervioso con nuestro espíritu y nuestra moral?.

Las teorías de Freud, al relacionar la interpretación de los eventos sucedidos en la madurez con las experiencias de la infancia, aportaron a principios de siglo un enfoque peculiar y sorprendente de los mecanismos que configuran nuestras tendencias personales e inconscientes.

No ignoro que algunos autores citan la configuración anatómica y funcional del sistema límbico, y en especial la del circuito de Papez, como eventual soporte orgánico de esas teorías.

Pero si realmente nuestros códigos morales vienen determinados por experiencias infantiles, a menudo desencadenadas por terceros, ¿qué lugar hay en ellos para nuestra propia espiritualidad?. ¿No hay algo más allá de nuestras células que escapa a la observación de los microscopios?

Si el soporte orgánico de las funciones cognitivas descritas por Chomsky alcanza su pleno desarrollo en la infancia; si de su posterior combinación nacen las capacidades in-

telectuales de cada individuos, ¿podría residir la base orgánica de nuestro espíritu en ciertas conexiones neuronales?

Pero de ser así, ¿acaso no tendrían espíritu quienes no tuviesen esas conexiones?. ¿Qué ocurriría al perecer el organismo?. ¿Tal vez con la muerte de las células se perdería cuanto se ha acumulado, desapareciendo, pura y simplemente, todas las experiencias vividas, los sufrimientos padecidos y las alegrías celebradas?

Como lego en la materia, más allá de la definición de los mecanismos que explican estos fenómenos, que compete a la Ciencia, me preocupa su razón de ser.

Me pregunto el sentido que puede tener la existencia de complejos sistemas, tan difíciles de descifrar para nuestra Ciencia moderna, capaces de explicar las manifestaciones de nuestro espíritu, si con la simple muerte biológica de unas células todo ello se hace inútil. ¿O acaso el espíritu sería justamente aquello de nosotros que no muere cuando todo lo demás desaparece?

Como decía en un principio, he hecho gala de mi ignorancia con la pretensión de motivar el interés de esta Docta Academia, en la seguridad de que su preocupación por los temas a los que me he referido, o voy a referirme, contribuirá notablemente a su solución, y con la inconfesada intención de compartir con sus honorables miembros la curiosidad que en mí suscitan.

Pero es tanto lo que ignoro que la dificultad consiste en encontrar un tema concreto en el que centrarme y saber ordenarlo adecuadamente.

Y cuando estaba en plena búsqueda, casi accidentalmente, me puse a releer un libro que, en su día, hace ya muchos años, me había impresionado extraordinariamente, aunque sin duda hoy pudiera considerarse anticuado: «*La incógnita del hombre*», de Alexis Carrel. Al releerlo, me encontré con una sorpresa impresionante, porque el libro había sido leído también por el mayor de mis hijos, dolorosamente fallecido hace algunos años, y él lo había llenado de subrayados, de anotaciones, de observaciones y comentarios marginales. Mi lectura, pues, estaba adornada por una circunstancia especial y me puso de manifiesto que, a través de las notas de mi hijo, de la curiosidad que reflejaban, de la inquietud que había hecho presa en él, de la angustia con la que parecía presentir su final en plena juventud, podía conocerle más profundamente que durante todos los años que compartí su vida.

Permitidme, pues, que hoy, siguiendo las líneas de aquella obra, os plantee yo también mis dudas y mis preocupaciones —así como las preocupaciones y las dudas de mi hijo desaparecido— para incitaros a que profundicéis en el descubrimiento de nuestros secretos.

Se ha avanzado mucho en el dominio de la ciencia, hemos logrado ejercerlo sobre casi todo lo que existe en la superficie de la tierra, excepto nosotros mismos.

El hombre es un conjunto de la mayor complejidad. Es al mismo tiempo, el cadáver diseccionado por los anatomistas, la conciencia observada por los psicólogos y los grandes maestros de la vida espiritual, y la personalidad que la introspección revela a cada uno, latente en las profundidades de sí mismo.

Muchas de las preguntas que se plantean quienes estudian los seres humanos, quedan sin respuesta.

¿Cómo se asocian las moléculas de sustancias químicas para formar los órganos complejos y transitorios de las células?. ¿Cómo se determina la repercusión del medio en la transcripción de los genes que afectan a las características más profundas del individuo?. ¿Cómo se organizan las células entre sí, por propia iniciativa, en asociaciones tales como los tejidos y los órganos?.

¿Cuál es la naturaleza de nuestra duración, del tiempo fisiológico y del tiempo psicológico?

Sabemos que somos un conjunto de tejidos, órganos, fluidos y conciencia. Pero las relaciones entre la conciencia y el cerebro son todavía un misterio.

¿Hasta qué punto el poder de la voluntad modifica el organismo?. ¿De qué manera influye sobre el espíritu el estado de los órganos?. ¿Dónde está el enlace entre el espíritu y la materia?. ¿O no existe al enlace en un punto concreto, en una zona determinada, sino que se trata de una unión general, de una plena coincidencia, a través de todos los factores que nos constituyen y nos sostienen?

La clásica antítesis de materia y espíritu, puede representar tan sólo la oposición de dos clases de técnica. El error de Descartes pudo ser creer en la realidad de estas abstracciones y considerar lo material y lo mental tan heterogéneos como dos cosas distintas. Ese dualismo ha pesado mucho sobre la historia del conocimiento del hombre. Porque ha engendrado un problema que tal vez no existe: el problema de las relaciones del alma y del cuerpo.

Frente al monoísmo materialista de los Vogt, Moleschott y Büchener, en modo alguno extinguido en nuestro siglo, perdura también el dualismo de los neurofisiólogos Penfield y Eccles o el de los filósofos y teólogos que heredando a Platón, a Aristóteles, a Santo Tomás o a Descartes, consideran psicológica y antológicamente necesaria la distinción entre el cuerpo y el alma para entender la realidad del hombre.

Las formas de actividad humana consideradas por Platón son tan específicas de nuestra naturaleza como el hambre, la sed, el apetito sexual o la gula. Desde el Renacimiento se ha otorgado arbitrariamente una posición privilegiada a ciertos aspectos del hombre. Se ha separado la materia del espíritu. Se ha atribuido a la primera una realidad mayor que al segundo, ¿es esto así realmente?

¿No debería haberse examinado al hombre a la luz convergente de la Fisiología y la Psicología?. Repito obsesionadamente: ¿Hay un punto de unión, un lugar clave del ser humano donde se enlaza la materia y el espíritu o está éste integrado en todos y cada uno de los elementos que constituyen el hombre?

Decía Alexis Carrel que el espíritu y el organismo se confunden en el hombre como la forma y el mármol de una estatua. No puede cambiarse la forma sin romper el mármol. Se supone que el cerebro es el asiento de las funciones psicológicas, porque sus lesiones van seguidas de trastornos inmediatos y profundos de la conciencia.

¿Quiere esto decir que tal vez a través de las células cerebrales el espíritu se inserta en la materia?

Sabéis muy bien que el cerebro y la inteligencia se desarrollan simultáneamente en los niños y cuando se produce la atrofia senil, la inteligencia disminuye.

La presencia de treponemas sifilíticos alrededor de las células piramidales, trae consigo el delirio de grandeza luético; cuando el virus de la encefalitis letárgica ataca a la sustancia cerebral, aparecen fuertes trastornos de la personalidad. La actividad mental sufre profundos cambios temporales bajo la influencia del alcohol, que lleva la sangre hasta las células nerviosas. El descenso de la presión sanguínea, debido a la hemorragia, suprime todas las manifestaciones de la conciencia. En suma, la vida mental parece depender del estado del cerebro.

Pero estas observaciones no bastan para demostrar que el cerebro sea el órgano de la conciencia. En efecto, los centros cerebrales no están compuestos exclusivamente de materia nerviosa. También están formados de fluidos en los cuales las células se encuentran sumergidas y cuya composición se ve afectada por el suero sanguíneo. Y el suero sanguíneo contiene las secreciones de glándulas y tejidos que se difunden a través del cuerpo. Todo órgano se halla presente en la corteza cerebral a través de su innervación, y muchos de ellos por medio de las secreciones que conducen la sangre y la linfa.

¿No sería cierto que el hombre piensa, inventa, ama, sufre, admira y ruega con el cerebro y con todos sus órganos?

Vida y pensamiento son energía. Y esta energía ¿se destruye o se transforma?

Por otro lado, conocemos el centro del individuo, pero ignoramos aún dónde se hallan situados nuestro límites exteriores. Hay un campo energético mensurable en torno al organismo humano. Recordemos, por lo menos, los registros de actividad eléctrica en el medio que rodea al individuo, como el electrocardiograma o el electroencefalograma, o al conocido como efecto «*Kirlian*».

En el tiempo, como en el espacio, el individuo sobrepasa los límites de su cuerpo. Sus fronteras temporales no son ni más precisas ni más fijas que sus fronteras espaciales. Se halla ligado al pasado y al futuro, aunque su ser no se extienda fuera del presente. Nuestra individualidad nace cuando el espermatozoo penetra en el huevo. Pero antes de ese momento, los elementos de ser existen ya, esparcidos en los tejidos de nuestros padres y de nuestros más remotos antecesores.

¿Cuán será el resultado de la mayor aventura científica de la biología contemporánea, del proyecto internacional sobre el Genoma Humano?

Y ¿qué sucede en el momento opuesto, en el de la muerte?

Me apasionan esas teorías según las cuales la muerte no existe. La muerte no es un estado, sino un tránsito y el cuerpo físico es energía, que no desaparece sino que se transforma en otra. Son consoladores esos relatos del túnel sobrio al fondo del cual aparece

la luz —la «*luz, siempre más luz*» del final de Goethe— donde sumergidos en ella se olvida el dolor y se siente un gozo incomparable.

¿Es cierto que la mente es materia y sólo materia, como declaraba el científico americano Arthur Kornberg, que recibió en 1959 el Premio Nobel de Medicina, junto con nuestro Severo Ochoa?.

¿No se equivoca Pedro Laín Entralgo cuando en su libro «*El Cuerpo Humano. Teoría Actual*» sentencia: «*El psique humano es por naturaleza mortal, y con la muerte acaba todo en el hombre o acaba el hombre del todo*»?,

¿O será el espíritu reintegrado a la materia?, ¿el alma no será distinta del cuerpo?.

Un poeta, Rabindranha Tagore, concentra en uno de sus «*Pájaros Perdidos*» este bello pensamiento

«Morir es de la vida, como el nacer. Andar es no sólo levantar el pie sino también volver a posarlo en la tierra».

Pero permitidme que me aleje de este camino, porque las materias metafísica no deben ser ni siquiera abordadas por aficionados. Hasta para hombres tan ilustres como Isaac Newton, William Crookes u Oliver Lodge, era peligroso salirse de su terreno para meterse en teología o espiritismo.

Sin embargo, ¡qué apasionante el tema del que tan poco sabemos!.

«*El espíritu* —escribió Descartes en su Discurso del Método— *depende tan fuertemente del temperamento y de la disposición de los órganos corporales, que si es posible hallar algún medio que haga a los hombres, en general, más sabios y más inteligentes que lo han sido hasta el presente, creo que es en la Medicina donde hay que buscarlos*».

Pero, prescindiendo de un aspecto religioso del que, como es natural, pretendo huir en este caso pues en él predominan por encima de todo algo tan importante como la fe —sobre la que no caben disquisiciones ni justificaciones— he de preguntaros en este ejercicio de hacer hincapié en cuanto desconozco: ¿Pueden el espíritu y el cuerpo ser estudiados por separado?

¿No constituimos en realidad un ser complejo, cuyas actividades han sido divididas arbitrariamente en fisiológicas y mentales?

Claro es que siempre continuaremos hablando del alma como de una entidad. El alma es el aspecto de nosotros mismos específico de nuestra naturaleza y que distingue al hombre de todos los demás animales. Somos incapaces de definir esta entidad profundamente misteriosa. Pero no hay duda de que existe ese «*sentimiento de inmortalidad*» que en ocasiones es fundamental en la experiencia humana.

Bertrand Russell utilizó su extraordinario intelecto para abordar algunos de los principales problemas de la filosofía y de la sociedad del Siglo XX. Si hubiera que reunir a

una legión de creyentes en la otra vida, Bertrand Russell no sería convocado. Y, sin embargo, escribe a su «*Colette*»:

«¿Sabes cómo a veces todas las barreras de la personalidad desaparecen y uno queda libre para que todo el universo entero, las estrellas y la noche y el viento, todas las pasiones esperanzas de los hombres, y todos los largos siglos de crecimiento, e incluso los fríos abismos del espacio se vuelven amistosos? ... A partir de ese momento cierta cualidad de paz absoluta penetra en todo lo que uno siente.

En cierto sentido no puedo expresarlo con palabras, siento que algunos de nuestros pensamientos y sentimientos pertenecen al instante, pero otros forman parte del mundo eterno, como las estrellas; aunque la existencia real sea pasajera, algo —algún espíritu o esencia— parece perdurar, formar parte de la historia del universo, no sólo de la persona aislada. De alguna forma, así es como quiero vivir para que la vida pueda tener, tanto como sea posible, esa cualidad de eternidad.

«El centro de mí —escribe en otra carta posterior— es siempre y eternamente un terrible dolor —un extraño dolor salvaje— una búsqueda de algo situado más allá de lo que el mundo contiene, algo transfigurado e infinito».

Recordemos el verso de Augusto Ferran:

*«Eso que estás esperando noche y día y nunca viene;
eso que siempre te falta mientras vives es la muerte».*

¿Estamos en condiciones, con nuestra inteligencia de llegar a desentrañar ese misterio por ahora insondable; de mitigar ese «*extraño dolor salvaje*» que nos atormenta?

Como escribe Bergson, «*la inteligencia se caracteriza por su incapacidad de comprender la vida*».

La existencia de la inteligencia es un dato de observación. Este poder de discernir las relaciones entre las cosas supone un cierto valor y una cierta forma en cada individuo. La inteligencia puede medirse con técnicas apropiadas. En este aspecto, el resultado es que algunos hombres son gigantes y otros enanos.

El mundo sería un lugar muy aburrido si todos tuviéramos el mismo nivel de inteligencia. Sin embargo, tal como es, todos los días encontramos pruebas de las enormes diferencias que existen entre nosotros. Las diferencias individuales, que abarcan a tantos extremos, son muy notables en la esfera de la inteligencia. Un niño consigue realizar laboriosa y torpemente un «*ejercicio muy sencillo para manos pequeñas*», mientras otro interpreta hábilmente a Mozart o a Prokofiev. Una persona resuelve los crucigramas más difíciles a modo de entretenimiento y otra es incapaz de pensar en un animal de cuatro letras que maulla. Un genio de las matemáticas puede ser inepto cuando se plantea una cuestión política, mientras que un político famoso puede dar un patinazo tras otro a la hora de interpretar información estadística.

Yo me atrevo a pensar que tenemos un gran defecto de perspectiva. Porque esta diferencia que se manifiesta en la capacidad de inteligencia de unas y otras personas, es signo indudable de que tiene una limitación, de que no alcanza a descifrar todas las incógnitas ni a vislumbrar los horizontes más lejanos.

Es muy posible —decía Hubel— que los seres humanos no puedan resolver nunca todos y cada uno de los rompecabezas que el cerebro presenta».

Tal vez en el mundo de lo inmensamente grande o en el de lo maravillosamente pequeño, ocupemos un puesto que no nos permita, con nuestra inteligencia, responder a tantos «*por qué*» como se nos enfrentan, aún cuando, al parecer, apenas hacemos uso de un diez por ciento de nuestra capacidad cerebral.

Podremos progresar todavía, los adelantados de la Humanidad irán llevando a cabo nuevos avances, descubrimientos insospechados ...

¡Pero siempre faltará más, mucho más!

Yo tengo una vulgar teoría en ese sentido, que seguramente no es original, pero que me alivia bastante cuando me pongo a considerar mi propia incapacidad.

Permitidme que me atreva a exponerosla; un poco en clave de humor:

Todo surgió un día en que después de un partido de tenis, me quedé solo, descansando cerca de la pista y me dediqué a observar una hormiga que sin duda con algún objetivo determinado o instintivo se movía sobre una de las líneas blancas que limitaban aquella. Avanzaba y retrocedía, se metía en la zona del rojo polvo de ladrillo, se detenía, giraba y se dedicaba a unos menesteres para mí completamente ignorados, como os podéis imaginar.

Y me dio por suponer que aquella insignificante hormiga, que estaba allí en el mundo, en su mundo, podía tener una pequeña inteligencia, una facultad especial, un algo que la inspirase a moverse, a actuar dentro de una organización y —muy entre comillas— a «*pensar*».

Pues bien, ¿podría pensar la hormiga en lo que era la pista en la que se movía?, ¿en el objeto de las rayas blancas?, ¿en lo que significan 15 cero o ventaja del resto?, ¿en el «*deuce*» o el juego o el set?, ¿en las reglas, en fin, de deporte del tenis?. Y menos aún en cómo se fabrican una pelota o una raqueta.

¿No estaremos nosotros, proporcionalmente, en la misma situación de aquella hormiga cuando aspiramos a enterarnos de las reglas de la vida, del motivo de la creación, del principio y el fin en que estamos inmersos porque el fin y el principio nos afecta y nos domina, pero comprendemos en cambio, el infinito?

Es de señalar que entonces, cuando en una tarde verano caí en aquellas extrañas meditaciones, yo no tenía para las hormigas el inmenso respeto que les dediqué después de conocer las teorías de Edward Wilson, el famoso entomólogo, que mantiene a ultranza un paralelismo entre el comportamiento de las hormigas y el de los hombres.

Pues bien, en mi concepto de hormiga sin esperanza, pero que, además comprende su inmensa limitación, he querido exponeros mis dudas, mi ignorancia y los misterios que me abruman.

Y algunas veces he llegado a imaginar: ¿seremos los humanos como los bacilos de una enfermedad que afecta a unos seres superiores, inconmesurables, que no alcanzamos a detectar, ni siquiera a concebir, pero en los que producimos el mal terrible de las guerras, del odio y del dolor?

Confió en que el hombre progrese en sus descubrimientos, la Ciencia en sus avances, la Medicina en sus logros.

Tal vez generaciones muy alejadas de nosotros en el tiempo, en un futuro remoto, consigan acercarse al «*cómo*» y al «*por qué*».

Pero aún después, mucho después, si la inteligencia tiene todavía posibilidades de ir más lejos, otras generaciones u otros hombres destacados tendrán que descubrir un nuevo arcano misterioso y difícil de concebir para nuestras mentes limitadas: El «*para qué*».

Porque ¿cuál es la razón de la vida?

El biólogo británico Richard Dawkins, autor del libro «*El relojero ciego*», manifestó en una ocasión con bastante optimismo que «*el misterio de la existencia humana está resuelto desde Darwin, aunque sigamos haciendo observaciones*».

«La especie humana —aseguró— es producto de cientos de millones de cambios acumulativos a partir de una única molécula creada al azar. Sin embargo, la vida es difícil de explicar únicamente por el azar, pues la casualidad por sí sola no sabría diseñar algo tan complejo como el ser humano. Los seres vivos tendrían que haber sido programados con un fin y es bastante improbable que el diseño se haya realizado al azar».

¿Para qué?

Yo en este día, con mi satisfacción de estar entre vosotros, con el orgullo por la distinción que me habéis concedido, me limito a preguntarme «*por qué*» habéis tenido la amabilidad de otorgarme este honor.

Ante determinados acontecimientos, conductas y experiencias, podemos llegar a pensar que los hombres estamos mal terminados. Que nos falta alcanzar un mayor grado de perfección en todos los sentidos y que el calificativo de rey de la creación nos viene ancho.

Permitidme que os distraiga aún unos momentos contados una historia que recojo de un libro compendiado por Alexander Demandt, y que puede resultar tan falsa como interesante.

En la isla de Elefantina, en el Nilo, Alto Egipto, había una comunidad de samaritanos que procedía ya del siglo V antes de Jesucristo. De ella procede un texto en papiro con una variante apócrafa del Génesis.

Cuando en la noche del quinto día de la creación el mundo estuvo listo y Dios pensó en crear al hombre según su imagen y semejanza, convocó a los ángeles del consejo real. Rodearon su trono y el ángel del amor habló primero: «*¡Señor, no lo hagas!. El hombre sólo se amará a sí mismo, nunca podrá alcanzar tu amor*». Después el ángel de la verdad levantó su voz: «*¡Señor, no lo hagas!. El hombre perseguirá la mentira; sólo querrá reconocer lo que le es útil*». El ángel de la justicia advirtió el tercero: «*¡Señor, no lo hagas!. El hombre hará pasar el poder por encima del derecho y tu justicia será despreciada*».

Pero llegó el diablo. Era astuto y sabía que el hombre se asemejaría más a él que a Dios. Habló y dijo: «*Señor, tienes que crear al hombre, pues si no tu obra no quedará coronada*». Dios reflexionó y decidió: «*Bien, lo crearé. Pero debe ser el único de todos los seres eternamente inacabado. Debe llevar siempre amor, verdad y justicia como imagen mía, pero nunca las realizará*». Entonces de la noche se hizo la mañana del sexto día.

Debemos confiar en los avances en el estudio de los genes humanos, para que los del amor, de la verdad y de la justicia puedan ser tratados para perfeccionarlos y merecer de Dios que permite nuestros esfuerzos aceptando su realización.

Ojalá llegue a ser así.

Entre tanto, lo que puedo aseguraros es que mi gen donde radica el agradecimiento está hoy perfecto y rebosante para haceros llegar a todos su contenido más sincero.

Muchas gracias.

Madrid, 26 de noviembre 1996.